

# MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

---

23/2020

---

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,  
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## RECENSIONES

Díaz Hernández, Onésimo, *Mujeres protagonistas del siglo XX. A través de sus biografías, novelas y películas*, Barcelona, Editorial Base, 2019


(Ignacio Olábarri Gortázar)

pp. 875-879



Universidad  
de Navarra

---

Díaz Hernández, Onésimo, *Mujeres protagonistas del siglo XX. A través de sus biografías, novelas y películas*, Barcelona, Editorial Base, 2019, 293p. ISBN: 978-84-17760-55-7. 17'10€ 

Introducción. I. La Primera Guerra Mundial (1914-1918): una mirada atrás. II. Los años veinte: Ellas solas. III. Los años treinta: El triunfo de la voluntad. IV. La Segunda Guerra Mundial (1939-1945): La guerra no tiene rostro de mujer. V. Los años de la posguerra (1945-1956): Silencio. VI. Los años del gran cambio (1956-1973): Hacia el infinito. VII. Los años críticos (1973-1989): Una historia personal. VIII. Los años finales del siglo XX (1989-2001): El subrayado es mío. IX. Los años del inicio del siglo XXI: ¿Quién hacía la cena a Adam Smith? Bibliografía citada. 10 biografías representativas de la historia de las mujeres en el siglo XX. 10 novelas representativas de la historia de las mujeres en el siglo XX. 10 películas representativas de la historia de las mujeres en el siglo XX.

El nuevo libro del Profesor Onésimo Díaz Hernández se beneficia de la experiencia adquirida en la elaboración de sus cuatro libros anteriores escritos con la misma perspectiva y el mismo método: historias de España, de Europa, del mundo, de los papas en el siglo XX a través de sus biografías, novelas y películas. No cabe duda de que el asunto de esta última obra es especialmente atractivo, dada la importancia intrínseca y la actualidad que todo lo referente a la mujer ha adquirido en las últimas décadas y, si se atiende a lo que el Profesor Díaz nos dice, a lo largo de todo el siglo XX.

Un siglo XX cronológicamente peculiar. El autor sigue las tesis de dos figuras muy distintas, pero que coinciden en colocar en el año 1914 el comienzo del siglo: Stefan Zweig, en su admirable ensayo *El mundo de ayer*, originalmente publicado póstumamente en 1942 en Estocolmo y cuya última edición española se editó en Barcelona, El Acentilado, en 2008; y Eric J. Hobsbawm, quien en 1994 publicó el mismo libro con dos subtítulos distintos: *Age of extremes: the history of the world, 1914-1991*, Nueva York, Pantheon Books; y *Age of extremes: the short twentieth century, 1914-1991*, Londres/Nueva York, Michael Joseph/Viking Penguin, cuya primera traducción al castellano la editó Crítica en Barcelona en 1995. Coincide también con ellos la escritora rusa Anna Ajmátova (1889-1966), cuando afirma, en *Réquiem y otros escritos* (ed. original, 1963), que «El siglo XX comenzó en el otoño de 1914 con la guerra» (p. 37); también lo dice en sus memorias Edith Wharton: «Se hacía cada día más evidente que el mundo en que yo había crecido y que me había formado fue destruido en 1914 (...). Cuidar de mi jardín, leer y viajar parecían ser el único solaz que me quedaba; y durante los primeros años de posguerra me dediqué de lleno a las tres cosas»; en definitiva, la guerra no le había cambiado tanto a la escritora norteamericana.

Pero el Dr. Díaz innova cuando se trata de poner una fecha final al siglo. Ya lo había hecho en obras anteriores, por ejemplo, en la *Historia de los papas en el siglo XX*, que hace llegar hasta el papa Francisco y su *Laudato si*. Ahora el último capítulo, «Los años del inicio del siglo XXI», cita novelas y biografías de 2017.

Pero más que los extremos, importa el contenido del libro, que no ha tenido que ser fácil de elaborar, porque no es esta una obra que se ciña exclusivamente al estudio de la mujer en la historia del siglo XX. Para entenderlo, el autor dedica mucho espacio a la historia general (política, económica, social, cultural) y tampoco desprecia la aportación de los varones a esa historia. Como ya dice en la introducción, «a mi modo de ver la historia consiste en el relato conjunto de mujeres y hombres en el pasado. Por tanto, este libro se sitúa dentro de una historia de las mujeres en el contexto de la historia total, es decir un estudio de las mujeres en interrelación con la historia de los hombres. Como historiador busco el protagonismo femenino y el sentido de sus acciones en la historia reciente y, por consiguiente, deseo dar visibilidad a las mujeres en el relato histórico» (p. 13).

Este libro plantea problemas muy profundos que creo van más allá de la conclusión a la que llega el autor. No basta con decir, con María Antonia Bel Bravo, que la mujer ha demostrado su capacidad y competencia en la política, la economía y la ciencia, cuando ha podido y la han dejado, y que el futuro tiene rostro de mujer. Tampoco basta con la afirmación un tanto banal de que la historia no está escrita y parece llegado el momento que las mujeres sigan abriéndose paso en un momento de crisis. Afirma el autor: «La igualdad política se conquistó a principios del siglo XX en la primera ola feminista gracias al acceso al voto. La igualdad laboral y cultural apareció como un logro posible en la segunda ola durante los convulsos años sesenta con la entrada progresiva de la mujer en las aulas universitarias y en oficios hasta entonces vedados. La igualdad total [algo que habría que definir] ha pasado a ser la reivindicación de las mujeres de la tercera ola, como una meta a conseguir en el siglo XXI. En ese marco de la igualdad total cabría situar las cuestiones de género, tema de interés creciente, y que no se sabe todavía si dará lugar a una cuarta ola de feminismo» (p. 263), o más bien —añado yo, después de un estudio de la ideología de género y del fenómeno LGBTI— a una antropología, no sólo de la mujer, sino de la realidad humana en su conjunto, que altera los objetivos de las feministas del siglo XX.

Me gustaría añadir una consideración: la revolución sexual, en las capas altas de la sociedad occidental, especialmente entre los ricos y los intelectuales, es muy anterior a los años sesenta del siglo XX. Un buen ejemplo es la novela, estéticamente magistral, de Edith Wharton *Los niños* (2005; ed. original, 1928). Martin Boyne, un individuo crítico y cauto de 46 años a quien difícilmente alguien asociaba con sucesos románticos e inesperados, decide poner fin a su vida nómada de ingeniero y compartir la madurez al lado de Rose Sellars, la mujer de la que se enamoró en su juventud y que ahora es una respetable viuda instalada en Europa. En el barco que debe conducirlo a ella, Boyne se encuentra con los hijos de unos viejos amigos, los Wheeler: una animada prole de siete niños, desde un recién nacido a una muchacha de casi dieciséis años de edad, producto de distintos matrimonios... y distintos divorcios. De crucero en crucero, de Hotel Palace en Hotel Palace, de Argel a Venecia y de allí a Cortina, esta tropa ha jurado, bajo el liderazgo de Judith, la hija mayor, encontrar «un hogar cálido y estable» y permanecer unida pese a los ocasionales caprichos de sus distintos padres (dos ociosos millonarios, un príncipe italiano, una estrella de cine) de separarlos. Boyne cae subyugado por el ímpetu de Judith y casi sin querer se encuentra tutelando sus tremendos planes; de pronto la madurez se

le aparece como «la escalofriante mediocridad de la vejez» y la mujer con la que esperaba casarse, una ominosa figura que no encaja en este inopinado idilio.

Dos citas literales bastan para certificar el clima moral de este grupo de norteamericanos: «cuando un hombre amaba a una mujer ésta siempre tenía la edad que él quisiera; y cuando dejaba de amarla se convertía en demasiado vieja para los hechizos o en demasiado joven para la técnica» (Martin Boyne, 60); y también de Boyne: «entre esta clase de gente [la de la alta sociedad] ningún hombre es enemigo de otro hombre más de unos cuantos minutos, ni ninguna mujer rival de otra mujer. O bien olvidan sus diferencias, o bien cierta necesidad social —generalmente una fiesta que nadie soportaría perderse— les obliga a unirse, ayudándoles a enterrar sus diferencias. Aunque casi siempre las olvidan. Tienen tan poca memoria como un salvaje, y las enemistades que recuerdan los salvajes ya se han esfumado. Sólo tienen memoria para sus necesidades primitivas: comida, ropa y bailes. Supongo que estamos entrando en una época de salvajismo incruento» (pp. 213-214). Pero en el libro aparecen muchos otros ejemplos de cómo, claramente antes de la revolución en las costumbres de los años sesenta, las gentes de las clases cultivadas (en Gran Bretaña, por ejemplo, el grupo de Bloomsbury, las hermanas Mitford o la escritora Elizabeth Jane Howard) han abandonado las tradiciones morales que, con excepciones, regían hasta 1914.

Un gran activo de muchas mujeres, intelectuales también, de los años veinte y treinta es su percepción de la crisis de valores que se había producido al menos después de la Gran Guerra: desde luego, hay también grandes conversos, como Léon Bloy, Jacques Maritain o Evelyn Waugh, pero la noruega Sigrid Undset o la alemana Gertrude von Le Fort no se quedan a la zaga; como tampoco filósofas de la talla de Hannah Arendt y Elisabeth Anscombe.

El autor muestra con un gran acopio de datos la revolución de las costumbres que las dos guerras mundiales producen: el trabajo de la mujer fuera de casa, su participación en el esfuerzo bélico, muy expresivamente puesto de manifiesto en el libro de Svetlana Aleksievich *La guerra no tiene rostro de mujer* y, paulatinamente, el ingreso de la mujer en la política, primero como votante y después como gobernante. Estudia también bien las dos figuras que popularizan el feminismo a mediados del siglo XX, Simone de Beauvoir y Betty Friedan, bastante diferentes entre sí.

Los cambios en las realidades más profundas en las que viven mujeres y hombres —fundamentalmente la familia— son cosa de los años sesenta, tienen su raíz en los cambios que ya se habían producido en las elites sociales y se producen —un hecho significativo— poco después del Concilio Vaticano II, que había modificado perceptiblemente la visión que de la mujer tenía la Iglesia, algo que la doctrina de papas como Juan Pablo II iba a acentuar.

La Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, insistió en la igual dignidad personal entre la mujer y el hombre. En el mensaje final del Concilio se afirmó: «Llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzados hasta ahora».

La Organización Nacional de Mujeres de Betty Friedan nace dos años antes de los acontecimientos del 68; pero, a mi modo de ver, feminismo y 68 están fuertemente imbricados entre sí. En las Universidades de Berkeley o París prendió la llama revolucionaria gracias al mensaje de Herbert Marcuse, filósofo favorable a la revolución sexual, de la feminista Simone de Beauvoir y otros pensadores. En el campus de Nanterre, construido a las afueras de París, los estudiantes pidieron residencias mixtas. Con el paso del tiempo, los escritos y las vidas de Sartre y Beauvoir dominaron el discurso intelectual. El modelo de pareja viviendo juntos sin estar casados ni tener hijos se transmitió a los jóvenes del 68 y a las generaciones posteriores.

Tres años después de la clausura del Concilio Vaticano II, Pablo VI definió los principios morales de la vida matrimonial en la encíclica *Humanae Vitae* (25-7-1968). La posición firme del papa contra la regulación artificial de la natalidad y el uso de la «píldora» abrió una campaña contra su persona y su magisterio. La filósofa anglosajona Elizabeth Anscombe —que en los años cuarenta ya había defendido los derechos humanos al rechazar, sin éxito, que la Universidad de Oxford concediese el doctorado honoris causa al presidente Truman, último responsable de las bombas de Hiroshima y Nagasaki— defendió el magisterio papal en un artículo publicado en 1972. Contra viento y marea, recordó que la Iglesia había prohibido siempre el aborto, el infanticidio, el sexo fuera del matrimonio y que, por tanto, era lógico prohibir el uso de anticonceptivos.

Alfredo Méndiz, en un libro reciente titulado *Salvador Canals. Una biografía (1920-1975)* (2019), afirma que la encíclica «fue un evento y no solo un documento porque, independientemente de la doctrina que exponía, que de hecho no alteraba lo que anteriormente la Iglesia había dicho sobre el matrimonio y la sexualidad, encontró una formidable resistencia entre los teólogos y un apoyo debilísimo, prácticamente nulo, entre los obispos, más preocupados, muchas veces, de no enajenarse la aquiescencia de sus fieles que de secundar el magisterio del papa. El resultado de aquel desconcierto eclesial, unido a las dificultades objetivas de asumir personalmente los principios de la *Humanae Vitae* (sobre todo, la ilicitud del recurso a medios artificiales para evitar los nacimientos) en un mundo que ofrecía como panacea de la felicidad la píldora anticonceptiva, fue un alejamiento de las masas de las enseñanzas del Magisterio y, más en general, de la Iglesia. Comentando aquel fenómeno, Marta Brancatisano se suma a quienes han hablado de un “cisma silencioso”, amarga expresión en la que el adjetivo “silencioso” no es menos doloroso que el sustantivo al que acompaña, pues manifestaba no solo falta de entendimiento sino, en muchos casos, falta de deseo de entendimiento o, lo que es lo mismo, indiferencia ante la doctrina moral» (p. 375).

Concluyo resumiendo las tesis de un libro también reciente de Mary Eberstadt, publicado en 2020 (ed. original, 2019), titulado *Gritos primigenios. Cómo la revolución sexual negó las políticas de identidad*. La clave principal de la obra es que, si desde tiempos inmemoriales, los humanos han forjado su identidad en el seno de las estructuras de parentesco, con la erosión de la familia en el último medio siglo, muchas personas han perdido sus señas de identidad y buscan un sustitutivo de reconocimiento y solidaridad en grupos basados en determinados rasgos ajenos a la familia (raza, género, orientación sexual, origen étnico...). Está claro, afirma la autora, que la relativa estabilidad de la identidad familiar de ayer era capaz de responder a la pregunta que está en el corazón de la política

identitaria, *¿Quién soy yo?*, de una manera que muchos hombres, mujeres y niños ya no son capaces de responder.

Onésimo Díaz Hernández (Madrid, 1966) es investigador y profesor en la Universidad de Navarra. Entre sus recientes publicaciones están: *En la lucha por la autonomía vasca: la situación política y administrativa de la Diputación de Álava (1900-1923)* (2016); *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor* (2008); *Rafael Calvo Serer: la búsqueda de la libertad (1954-1988)* (2010); *La revista Arbor: estudio y antología de una publicación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas* (2015); *La difusión del Opus Dei en España (1939-1945): cronología, prosopografía, redes de sociabilidad* (2013); *Posguerra: la primera expansión del Opus Dei durante los años 1939-1940* (2018); *Historia de Europa* (2008); *Historia de España* (2010); *Historia del mundo* (2014); *Historia de los Papas* (2017); y *Expansión. El desarrollo del Opus Dei entre los años 1940 y 1945* (2020).

**Ignacio Olábarri Gortázar**  
Universidad de Navarra